

Una Cuenta Pública desconectada

La reciente Cuenta Pública del Presidente Gabriel Boric dejó una sensación de decepción: fue extensa en su duración, pero exigua en contenido relevante para los chilenos. Más allá de las formas y gestos, lo esencial estuvo ausente: una mirada honesta y responsable sobre los problemas que más preocupan al país. Durante dos horas y media, el Presidente insistió en promover una agenda de corte ideológico, destacando la despenalización del aborto y la transformación del penal de Punta Peuco en cárcel común. Estas propuestas, lejos de responder a prioridades nacionales, dividen y polarizan, desviando la atención de asuntos urgentes como la seguridad, la reactivación económica, el empleo o la salud. Fue particularmente grave la omisión de la crisis migratoria, que afecta directamente la calidad de vida en todo el país, en especial entre los sectores más pobres y en las ciudades del norte. No se reconoció la magnitud del fenómeno, ni se plantearon remedios. De igual modo, la violencia, el narcotráfico y el crimen organizado apenas fueron tratados con el rigor que merecen. El temor con que viven miles de familias no encontró eco en la exposición del Primer Mandatario. Otro gran ausente fue el drama de las listas de espera en salud pública. Mientras se proclaman avances, en hospitales y consultorios los hechos contradicen el discurso. ¿Dónde están las medidas concretas para quienes llevan meses o años esperando una operación, un examen o una consulta con especialista? A lo anterior se suma una alarmante falta de autocrítica. El Presidente eludió referirse al escándalo de corrupción asociado a la fundación ProCultura y al uso fraudulento de licencias médicas por parte de funcionarios públicos, que ya involucra más de 25 mil casos según la Contraloría. ¿No merecían estos hechos, que afectan la fe pública, una palabra de condena y un compromiso claro por restablecer la probidad? En cambio, se optó por un tono autocomplaciente, ajeno al descontento creciente de una ciudadanía que percibe que sus prioridades no son escuchadas. Chile enfrenta hoy desafíos complejos que exigen gobernantes con visión y determinación de unir voluntades. Sin embargo, lo que presenciamos fue un ejercicio de autocelebración, más preocupado de sostener un relato preelectoral que de ofrecer soluciones tangibles. Cuando el país sigue aguardando señales de seriedad y realismo, encontró en cambio ideologización y omisiones ostensibles. Y así, paradójicamente, la mejor noticia de esta Cuenta Pública es que ha sido la última. Con ella se cierra un ciclo de alocuciones que, pese a su retórica triunfalista, no conectan con el alma del país. Chile no tendrá que sufrir otra más. Ahora queda esperar que el tiempo por venir traiga consigo un liderazgo más comprometido con la verdad y menos preocupado de agradarse a sí mismo. Porque el país no está para más narraciones vacías, sino esperando respuestas.

Álvaro Pezoa _

Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, U. de Los Andes

Yo también quiero vivir en el país de Boric

Emilia García
Directora de Estudios IdeaPais



Quiero vivir en el país que describe el Presidente Boric. Un país donde se construyen cientos de miles de viviendas, se consolida la educación pública, la informalidad cae a niveles históricos y la inmigración irregular se reduce a la mitad. Lamentablemente, ese país no existe. El que sí existe es uno donde más del 70% de los ciudadanos desaprueba a su gobierno, donde miles de niños no tienen clases por semanas y no aprenden a leer ni escribir, y donde cientos de familias siguen sin hogar tras los incendios.

El tono de la última Cuenta Pública del Presidente fue la expresión máxima de una desconexión inquietante. Aunque comenzó asegurando que evitaría la autocomplacencia, durante más de dos horas no hubo una sola mención sustantiva a los errores que han marcado su mandato: Caso Conveñis, Indultos, escándalos diplomáticos, errores en salud, negligencias de la Dipres, caso Morsalve, casa de Allende, y un largo etcétera. El relato fue una cadena de cifras maquilladas, omisiones estratégicas y balances ficticios.

La política habitacional es quizás el caso más paradigmático. En campaña prometió 260 mil viviendas y luego de ver que la meta era inalcanzable, matizó las categorías a "en construcción" y "encamiñadas". El domingo, afirmó haber entregado más de 200 mil, cifra que incluye obras iniciadas en el gobierno anterior. Y frente a la tragedia de Viña del Mar, se limitó a denunciar "limitantes estructurales" por el incumplimiento de sus promesas.

Lo mismo ocurrió en educación, a la que dedicó apenas siete minutos. Celebró el alza del Simce en 4° básico, pero omitió la caída en 6° y 1P medio. Dijo priorizar la educación parvularia, pero su gran anuncio fue una ley que aplaza en diez años los estándares de calidad. Mientras tanto, la matrícula en pre básica cae, y los recursos siguen concentrándose en la educación superior. Como si fuera poco, afirmó haber "consolidado" los SLEP, pese a paros de 80 días en Atacama y retrasos de un mes en Magallanes.

En empleo, aseguró que bajó la informalidad a "tasas históricas", cuando los datos la sitúan lejos de su mínimo. Dijo haber creado 600 mil empleos formales, cuando las cifras oficiales muestran una pérdida neta de 55 mil desde marzo de 2022. En migración, aseguró que la migración irregular bajó un 48%, omitiendo que su administración permitió un ingreso irregular mayor al de todo el gobierno anterior. Y en materia fiscal, habló de prudencia sin hacerse cargo del déficit ni de las proyecciones fallidas de su administración.

La cuenta pública, más que una rendición de cuentas, fue un acto de autocelebración. Boric, que tanto gusta de citar a Nicanor Parra, pareció encarnar al protagonista de uno de sus poemas más célebres: "El hombre imaginario / vive en una mansión imaginaria / rodeado de árboles imaginarios / a la orilla de un río imaginario". Y mientras el Presidente habita ese país ficticio, su pueblo, en el país real, sigue esperando.

Una Cuenta Pública desconectada

Álvaro Pezoa
Director Centro Ética y Sostenibilidad Empresarial, ESE Business School, U. de Los Andes



La reciente Cuenta Pública del Presidente Gabriel Boric dejó una sensación de decepción que se extiende en su duración, pero escueta en contenido relevante para los chilenos. Más allá de las formas y gestos, lo esencial estuvo ausente: una mirada honesta y responsable sobre los problemas que más preocupan al país.

Durante dos horas y media, el Presidente insistió en promover una agenda de corte ideológico, destacando la despenalización del aborto y la transformación del penal de Punta Peuco en cárcel común. Estas propuestas, lejos de responder a prioridades nacionales, dividen y polarizan, desviando la atención de asuntos urgentes como la seguridad, la reactivación económica, el empleo o la salud.

Fue particularmente grave la omisión de la crisis migratoria, que afecta directamente la calidad de vida en todo el país, en especial entre los sectores más pobres y en las ciudades del norte. No se reconoció la magnitud del fenómeno, ni se plantearon remedios. De igual modo, la violencia, el narcotráfico y el crimen organizado apenas fueron tratados con el rigor que merecen. El temor con que viven miles de familias no encontró eco en la exposición del Primer Mandatario.

Otro gran ausente fue el drama de las listas de espera en salud pública. Mientras se proclaman avances, en hospitales y consultorios los hechos contradicen el discurso. ¿Dónde están las medidas concretas para quienes llevan meses o años esperando una operación, un examen o una consulta con especialista?

A lo anterior se suma una alarmante falta de autocrítica. El Presidente dudó referirse al escándalo de corrupción asociado a la fundación ProCultura y al uso fraudulento de licencias médicas por parte de funcionarios públicos, que ya involucra más de 25 mil casos según la Contraloría. ¿No merecían estos hechos, que afectan la fe pública, una palabra de condena y un compromiso claro por restablecer la probidad? En cambio, se optó por un tono autocongratulatorio, ajeno al descontento creciente de una ciudadanía que percibe que sus prioridades no son escuchadas.

Chile enfrenta hoy desafíos complejos que exigen gobernantes con visión y determinación de unir voluntades. Sin embargo, lo que presenciamos fue un ejercicio de autocelebración, más preocupado de sostener un relato preelectoral que de ofrecer soluciones tangibles. Cuando el país sigue aguardando señales de seriedad y realismo, encontró en cambio ideologización y omisiones sensibles.

Y así, paradójicamente, la mejor noticia de esta Cuenta Pública es que ha sido la última. Con ella se cierra un ciclo de alocuciones que, pese a su retórica triunfalista, no conectan con el alma del país. Chile no tendrá que sufrir otra más. Ahora queda esperar que el tiempo por venir traiga consigo un liderazgo más comprometido con la verdad y menos preocupado de agradarse a sí mismo. Porque el país no está para más narraciones vacías, sino esperando respuestas.

LT lattercera.com

Declaración de Intereses en www.gruposopen.cl/declaracion Impreso en Santiago por Cipepa S.A.

Acción a suscripciones en su correo virtual <http://suscripcion@lattercera.com>



SANTIAGO DE CHILE | AÑO 72

SU OPINIÓN IMPORTA

Envíe sus opiniones al contenido cobertura del diario a lector@lattercera.com

Envíe sus cartas, con una extensión máxima de 1400 caracteres con espacio a

o Email: correo@lattercera.com

Avendo Apoyando 4660, Santiago. La tercera serena el derecho a editar los textos ajustados conforme a los estándares editoriales, en particular respecto a la exigencia de un lenguaje respetuoso y sin discriminaciones. Las cartas recibidas no serán devueltas.

ESPACIO ABIERTO

Dime con quién andas

Javier Sajuria
Profesor de Ciencia Política Queen Mary University



Desde la elección de Bachelet el 2005, ningún gobierno ha logrado reelegir a un candidato de su sector. De forma consistente, los cuatro gobiernos siguientes han sido de un color político distinto al que termina. Esta característica, que puede ser frustrante para quienes gobiernan, debería ser un motivo de alivio. Más allá del resultado, el hecho que Chile pueda transitar de forma pacífica y relativamente ordenada de una coalición a otra es un signo de nuestra salud democrática. Puede parecer algo menor, pero no es algo que debiese darse por sentado.

Establecer conceptos minimalistas para definir si un país es democrático es bastante útil desde el punto de vista analítico. Es decir, nos evita entrar en discusiones largas sobre los verdaderos alcances del concepto de democracia y, a la vez, establece un claro límite entre democracia y autoritarismo. Sin embargo, en el mundo actual, eso trae una serie de problemas al enfrentarse a escenarios más complejos. Si en los 70 era relativamente simple definir que una democracia acababa con un golpe de estado, hoy es más difícil definir esa frontera.

Este no es un argumento nuevo, se hizo popular en el libro de Levitsky y Ziblatt hace algunos años, pero ha cobrado relevancia con el avance de la ultraderecha. Si bien las elecciones libres y justas son un mínimo esencial de cualquier democracia, ya no bastan para asegurar su existencia. Miremos el caso de El Salvador, donde justificado por la urgencia en términos de seguridad, el gobierno de Bukele ha terminado por eliminar la independencia judicial y comete a diario groseras violaciones contra los derechos humanos. El reciente reporte de Human Rights Watch habla de que Bukele ha desmantelado sistemáticamente las instituciones democráticas de El Salvador. Ese es el mismo gobierno al que miran con admiración algunos candidatos de la derecha chi-

lena, a quienes les gustaría imitar el modelo carcelario salvadoreño.

Otro ejemplo. La semana pasada, José Antonio Kast se paseó por Budapest como expositor en el encuentro CPAC, que viene a ser como el concurso de popularidad de la ultraderecha mundial. En la ocasión compartió con representantes de la ultraderecha española (Vox), del partido Alternativa para Alemania (que fue recientemente clasificado de extremo por los servicios de inteligencia alemanes) y de la ultraderecha israelí, entre otros. Kast compartió plataforma con Ariel Kallner, líder de la facción más ultra del partido de Netanyahu, y quien apoya una limpieza étnica de Palestina. Y el anfitrión de la jornada fue Viktor Orbán, cuyo gobierno alerta sistemáticamente contra el Estado de Derecho en Hungría.

Es por eso que el resultado de las elecciones de fin de año es tan relevante. Si nos sentimos orgullosos de tener un sistema democrático, tenemos que comprender que algunas de esas fuerzas están hoy en alianza con partidos y movimientos que promueven la destrucción de esa misma democracia. La elección ya no es sólo sobre diferencias ideológicas o de políticas públicas, sino que sobre la supervivencia de un sistema que nos ha costado mucho recuperar y reconstruir.